

Director
Francisco Muñoz Jaramillo

Consejo Editorial
Jaime Arciniegas, Augusto Barrera
Jaime Breilh, Marena Briones, Carlos Castro
Galo Chiriboga, Eduardo Delgado
Julio Echeverría, Myriam Garcés
Luis Gómez, Ramiro González
Virgilio Hernández, Guillermo Landázuri
Luis Maldonado Lince, René Maugé
Paco Moncayo, René Morales
Melania Mora, Marco Navas
Gonzalo Ortiz, Nina Pacari
Andrés Páez, Alexis Ponce
Rafael Quintero, Eduardo Valencia
Andrés Vallejo, Raúl Vallejo
Gaitán Villavicencio

Coordinadora editorial
María Arboleda

Diseño y diagramación
Verónica Ávila / Activa Diseño Editorial

Fotografías
Archivo ILDIS
Activa

Asesoría
ILDIS - FES
Avenida República 500, Edificio Pucará
Teléfono: (593) 2 250 96 08
Quito - Ecuador

Edición y distribución
Editorial Tramasocial
Reina Victoria N21-141 y Robles
Edificio Proinco 11, piso 6, Oficina 6B
Teléfono: (593) 2 255 29 36
Quito - Ecuador
tramasocial@andinanet.net

Los editores no comparten, necesariamente, las opiniones vertidas por los autores, ni estas comprometen a las instituciones a las que prestan sus servicios. Se autoriza a citar o reproducir el contenido de esta publicación, siempre y cuando se mencione la fuente y se remita un ejemplar a la revista.

laTendencia
—revista de análisis político—

© de esta edición: cada autor
ISSN: 13902571
Noviembre de 2007

6

Noviembre

2007

laTendencia
—revista de análisis político—

Tema **Central**

- 13** **Significado y perspectivas del proceso constituyente**
Augusto Barrera G.
- 18** **Rafael Correa y la política-fusión**
Hugo Barber
- 23** **Los tigres de papel y el viejo sistema político**
Santiago Ortiz C.
- 28** **Elementos de la transición postneoliberal**
Gustavo Ayala Cruz
- 33** **El fracaso de la estrategia política de Jaime Nebot**
Santiago Kingman G.
- 38** **Los plenos poderes de la Asamblea Nacional Constituyente**
Carlos Castro Riera
- 42** **Tiempo de populismos ¿y de cambios?**
Antonio Bermeo N.

Coyuntura

- 50** **La política económica del gobierno de Rafael Correa**
Hugo Jácome Estrella
- 56** **La política social del gobierno de Rafael Correa**
Analía Minteguiaga
- 63** **La reforma democrática del Estado**
Pabel Muñoz L.
- 68** **El sur del cambio en el plan de desarrollo del Ecuador 2007-2010**
René Ramírez Gallegos

índice

Debate de izquierdas

- 73 **Las rupturas que crearon los socialismos del siglo XXI**
Juan Sebastián Roldán
- 78 **El socialismo democrático**
René Maugé M.

Propuestas constitucionales

- 83 **Crítica a la propuesta de constitución del conesup**
Ramiro Avila Santamaría, Angélica Porras Velasco
y Edwar Vargas Araujo
- 90 **La propuesta constitucional del Distrito Metropolitano de Quito para el Ecuador del siglo XXI**
Luis Verdesoto C.
- 96 **Las propuestas de los actores sociales en el proceso constituyente**
Fernando Rosero G.
- 102 **Las demandas indígenas en el proceso constituyente**
Pablo Ospina P.
- 106 **En la arena constituyente: mujeres, sexualidades y Estado**
María Arboleda V.
- 112 **La Iglesia de los Pobres a los pueblos del Ecuador**
- 114 **Sobre los autores**

El sur del cambio en el plan de desarrollo del Ecuador 2007-2010

Por René Ramírez Gallegos

Metafórica y popularmente se entiende por “definir el norte” de un cambio significa clarificar aquel punto cardinal que marca de manera incuestionable el camino a seguir, la hoja de ruta en pos de la transformación. Empero, ¿qué significaría dilucidar el “sur” del cambio?¹

A la cuestión podríamos aventurar algunas respuestas. Hallar “el sur” sería encontrar, a partir de la lectura crítica de las formas dominantes de interpretación de la realidad, las otras modalidades que han permanecido ocultas, opacas, invisibilizadas. De la misma manera, descubrir “el sur” del cambio implicaría hallarlo desde una posición particular, desde un lugar específico, el de los que están “fuera” de los espacios de dominio, de los que no aceptan el sometimiento y resisten, aquellos que por cuestiones de geopolítica viven y sienten desde “el sur” del planeta. Encontrar “el sur” del cambio sería entonces encontrar una posible vía alternativa para construir un mundo diferente desde y junto a los que han permanecido sin voz. Sería no resignarse al olvido del deseo de aquellas “uvas” que deseamos porque sabemos que no son tan “amargas”, ni tan “verdes” como se las ha pintado, y que a su vez son alcanzables. El Plan Nacional de Desarrollo 2007 - 2010 expresa aquella hoja de ruta alternativa, una manera de entender ese sur del cambio.

¹ El texto de este artículo fue leído como discurso durante el acto de lanzamiento del Plan Nacional de Desarrollo (2007-2010) del Gobierno del Economista Rafael Correa, en Quito, 18 de septiembre de 2007. El autor agradece a Analía Minteguiaga por sus comentarios e ideas que enriquecieron el texto.

Dicho sur se manifiesta desde la misma propuesta de elaboración del Plan Nacional de Desarrollo. Con esto nos referimos a **la manera particular de concebir la planificación, el desarrollo, la construcción de la nación y la democracia**. También se involucra a un conjunto de **cambios al nivel de las ideas** frente al pensamiento que ha predominado en los últimos 25 años.

El Plan desde nuestra perspectiva

Un plan es un esfuerzo colectivo - racional que busca pensar cuáles son las condiciones que intervienen en la consecución de un fin. Esas condiciones resultan centrales porque sobre ellas se ejercerán acciones conscientes y deliberadas que abran la ruta hacia el cambio.

Aquellas condiciones responden a cierta lectura de la realidad, es decir, una lectura que es objetiva en tanto responde a pautas de rigurosidad teórico-metodológica, pero no es neutra, no implica ausencia de valores y posicionamientos político-ideológicos en relación con la realidad y su proceso de transformación.

Los principios que guían el Plan Nacional de Desarrollo se fijan dentro de una **concepción igualitaria y democrática de la justicia** que se expresa en cuatro dimensiones: la justicia social y económica como la base del ejercicio de las libertades; la justicia democrática participativa; la justicia transnacional; y la justicia intergeneracional como base

de una sociedad que plantea acciones y planes para el presente responsabilizándose de las generaciones futuras. Estos principios buscan remover la idea de que el presente es una pura fatalidad histórica a la que debemos acostumbrarnos como el indigente se acostumbra a su *pan* de cada día.

La desestructuración social que produjo el neoliberalismo refleja la crisis de proyecto nacional, donde **el porvenir es visto más como el resultado de los efectos no deseados de la acción humana** que como **una construcción colectiva deliberada**. En tal visión no hay espacio para la política, pues ésta únicamente puede resolver conflictos menores –aquellos que el mercado no alcanza a solucionar– pero debe renunciar a participar en el devenir de los acontecimientos históricos.

Veinticinco años de neoliberalismo han generado que la sociedad se instale en el desencanto, situación en la que los anhelos parecieran desvanecerse sin cristalizarse en un imaginario colectivo. Da la impresión de que no sabemos qué podemos hacer y ni siquiera qué queremos hacer. Parecería que el temor a las desgracias en que desembocaron nuestros sueños nos censura hasta la posibilidad de desear.

Por eso la necesidad de un plan de desarrollo que recupere el sur del cambio, el **deseo de saber que podemos volver a desear**, o como diría Nietzsche “*para continuar soñando sabiendo* [a ciencia cierta] *que estamos soñando*”.

¿Por qué un Plan Nacional?

La construcción del interés nacional bajo el paradigma neoliberal tuvo una mirada completamente individualista que creía que la suma agregada de deseos o preferencias expresadas en el consumo da como resultado el interés de todos los miembros de un país. Esto, proyectado en el marco de las acciones del Estado y de los territorios implicó que

se piense que la suma de los planes de cada provincia, de cada cantón, de cada parroquia dan como resultado la Planificación Nacional.

Una planificación y un proyecto nacional **no implican** una suma de partes y elementos, peor aún pretender que por un azar del destino las partes adquieren sentido y coherencia, y se unen como las piezas de un rompecabezas. Para no terminar uniendo jirones inconexos, esfuerzos voluntaristas que no responden a ningún proyecto, es indispensable contar con **un horizonte de sentidos compartido**.

Por otra parte, el plan de desarrollo es nacional en un sentido amplio. No se reduce a lo **estatal nacional** sino a un proyecto que pueda incluir a todos los integrantes de la República del Ecuador. Es nacional en la pluralidad y en la manifestación de las diversidades, lo que implica abandonar la idea de construir un plan homogenizante, uniformizante, que impone una sola forma de ver el mundo. Un plan nacional –por lo tanto– es un plan del conjunto de integrantes de una nación en el marco del respeto a la diversidad que cada uno de ellos supone.

¿Por qué un Plan de Desarrollo?

La palabra desarrollo está ligada a la utopía y al futuro. En efecto, el desarrollo implica una alta carga de ilusión y confianza en el porvenir. También está ligada a la idea de la autodeterminación colectiva y del diseño de procesos que permitan alcanzarlo sin entregar como prisionero a la autodeterminación.

El Plan Nacional de Desarrollo recupera esos sentidos asociados al desarrollo. Porque avala la creencia colectiva que señala que –a pesar de que el país es considerado *periférico* por las lecturas dominantes y es marginalizado en el concierto de naciones– **puede y tiene todo el derecho** a auto definir sus objetivos y metas, justamente aquellos que resultan “valorados y reconocidos” por todos los miembros que lo componen.

Asimismo, la idea de desarrollo contenida en el plan está ligada a la noción de independencia, que implica construir condiciones de autonomía frente a las naciones centrales, que supone tener una posición de soberanía, es decir, de autodeterminación sobre el territorio de la nación, sobre la población, sobre las decisiones fundamentales que hacen al destino y a la orientación del país.

El desarrollo también se vincula a los sueños y las ilusiones. Las sociedades requieren ilusiones no como un engaño maquiavélico, sino como un proyecto de futuro que les permita cerciorarse de su presente fugaz. Pero se requieren presente y futuro combinados de una manera precisa.

Se necesita el futuro no como justificación permanente de que mañana estaremos mejor y que por eso debemos aceptar sin más el presente que nos toca vivir. Hay que pensar el futuro y al mismo tiempo darle dignidad al presente. No podemos seguir viviendo el hoy como mera antesala de un devenir inalcanzable.

Se debe renunciar a cualquier planteo de desarrollo como “huida hacia delante”. No se puede enfocar los problemas a través de un modelo de sociedad futura que sacrifica incluso libertades conquistadas en aras de una “tierra prometida”.

Como señala Norbert Lechner, debemos abrirnos a las tensiones y contradicciones presentes, siempre en el marco de ciertos núcleos de sentido pues el peligro también es ser devorados por un presente infinito en el que todo va y no podemos imaginarnos un mañana. Si no se tiene noción de futuro se carece de la perspectiva para elegir entre las múltiples posibilidades del momento, y efectivamente todo es posible y al mismo tiempo nada lo es.

Por todo esto, el Plan Nacional de Desarrollo no solo contiene principios u orientaciones generales y hasta metas a alcanzar, sino estrategias, políticas e indicadores para operar el cambio ahora, en el presente. No pretendemos construir un modelo de

desarrollo por definición, sino promover el cumplimiento de lo planteado, de lo que nuestra sociedad valora como desarrollo sin renunciar a ningún principio propuesto.

La idea de desarrollo funciona como un horizonte de sentidos más allá del hecho positivo de su realización completa y total. Por eso, en la propuesta del Plan no solo importa el logro sino el proceso, el cómo se construye dicho desarrollo. Así, el cuarto punto del plan pregunta: ¿Por qué un plan nacional construido participativamente?

Resignificar la palabra democracia

Sin la participación pública de todos y todas en las decisiones fundamentales de la sociedad, ningún país podrá legitimar y volver más democráticas y eficientes sus decisiones políticas. Lo que está en discusión en este punto es el re-significar la palabra democracia. La democracia que se manifiesta en la elaboración del Plan de Desarrollo del Ecuador propugna cambiar profundamente los contenidos y la forma de hacer política. En particular, esa forma que han tenido los sectores conservadores (la tecnocracia y elitismo), para devolverles la acción y la palabra a quienes creen que la razón y el diálogo son las armas para la construcción de un futuro mejor.

En el plan se aboga entonces por construir soluciones-compromiso que permitan integrar a los diferentes actores en un proceso de diálogo igualitario, en el que intereses y objetivos en conflicto se evalúan y jerarquizan de acuerdo a un conjunto de criterios definidos pública y colectivamente entre actores pares.

Un cambio radical del enfoque

Esta manera diferente de entender lo que significa un plan nacional de desarrollo debe vincularse a otras rupturas más profundas que apelan a un cambio radical de enfoque.

En primer lugar, el plan parte de una mirada diferente del ser humano. El proyecto neo-liberal se fundamenta en que el individuo por naturaleza busca su propio interés y autosatisfacción personal, y que tal comportamiento en un sistema institucionalizado llamado “mercado libre” da como resultado el bienestar social. La felicidad del ser humano no pasa entonces por la relación con el otro individuo, razón por la cual la realización se puede conseguir “solitariamente”.

El plan –por el contrario– parte de la idea que el ser humano es un ser gregario y cooperativo, por lo tanto, todos juntos debemos asegurar el libre desarrollo de cada persona y, a su vez, el libre desarrollo de todos y todas. Esta idea es fundamental para entender cuál es la utopía realista de lo humano que debe guiar las acciones e intervenciones de las políticas públicas: el referente central es un individuo social y solidario que se realiza en la vida compartida con los demás.

En segundo lugar, el plan está ligado de manera indisociable a la necesidad de romper las distancias sociales, económicas, culturales, ambientales y políticas que separan a los ecuatorianos entre sí; y de revertir la distribución del tiempo dedicado al trabajo reproductivo y a la participación pública entre hombres y mujeres. Dicha preocupación fue completamente desatendida en la agenda del Consenso de Washington.

En tercer lugar, el plan se basa en la recuperación de la dignidad humana y en la búsqueda de máximas sociales. Cuando hablamos de una vida humana debemos reconocer –como afirma Martha Nussbaum– dos umbrales que permiten caracterizarla. El primero, las capacidades de los seres humanos para realizarse y funcionar dentro de la sociedad; si existen personas que se encuentran debajo de ese umbral, su vida no pueda llamarse humana. El segundo, las funciones y capacidades no deben ser tan mínimas ni tan reducidas pues, aunque podríamos considerar que esa es una vida humana, no podríamos afirmar que

es una buena vida, que es una vida digna de ser vivida.

El ciclo de ajuste estructural se olvidó de que hay valores universales y derechos humanos, y al abogar por una defensa del mercado postuló programas sociales que terminaron fragmentando a la sociedad en tantas partes como grupos sociales pueden existir. Una suerte de lista infinita al más claro estilo borgiano: pobres, indigentes, niños y niñas, grupos con necesidades básicas insatisfechas, niños y niñas trabajadoras, discapacitados, mujeres, minorías étnicas, indígenas, campesinos, desempleados, personas sin vivienda, analfabetos, drogadictos, desertores, hogares que no consumen sal yodada, pobres proclives a tener muchos hijos, etc.

Esa visión fragmentada de la realidad –afirma José Luis Coraggio– es como una colcha de retazos que debería abrigar a todos, pero hay “zonas sin tela” por donde entra el frío y otras partes donde se amontonan retazos que por ser hechos de un mal material igualmente dejan pasar un viento que cala los huesos. La política neoliberal es de mínimos y en el mejor de los casos intenta proporcionar satisfactores que garanticen la supervivencia.

Las visiones programáticas

La idea intuitiva de una vida acorde con la dignidad humana sugiere que las personas no solo tienen derecho a la vida, sino a una vida compatible con la dignidad de la persona. Por lo tanto, el plan aboga por el reconocimiento de una igual dignidad de los seres humanos. El conceder a algunas personas un derecho desigual debe ser siempre un objetivo temporal (en el mejor de los casos), no un *modus operandi* de la política pública, dado que supone no reconocer en el “beneficiario” su igual dignidad humana frente al resto.

A diferencia de las propuestas resignadas, puede haber comunes denominadores y acuerdos de deseo no solo sobre los mínimos de vida, sino en torno a

los máximos sociales. Por ejemplo, no solo evitar la muerte sino prolongar la vida con calidad, algo en lo que todos y todas estamos de acuerdo. Creer que es posible compartir identidades diversas, construir y recuperar espacios públicos, garantizar el acceso a la justicia, tener un trabajo adecuado que permita o garantice el derecho a ganarse el propio sustento, tener tiempo para la contemplación, la creación artística y la recreación, desear participar en público sin sentirse avergonzado, son –entre otros– objetivos del Plan Nacional de Desarrollo, objetivos por los que vale la pena luchar.

En términos programáticos, si bien en el corazón de las revoluciones industriales anteriores estuvo **la energía**, hoy las fuerzas conductoras detrás de los cambios actuales son **el software y la biotecnología**. Dado la deuda pendiente del país, el Plan Nacional de Desarrollo retoma la inversión en el sector energético como promotor del desarrollo sustentable y propone el fomento de la industria del *software*, el uso de nuevas tecnologías de información para la creación de un Estado red, y la investigación científica sobre la disciplina que pone a trabajar la vida al servicio de los seres humanos: la biotecnología.

A diferencia de otras estrategias de desarrollo, la propuesta actual siendo no-neutral es pragmática pues potencia las ventajas comparativas del Ecuador. Un ejemplo: a partir de la biodiversidad del país el promover la investigación farmacéutica, apostando paralelamente a un estado estratégico inteligente que intervenga para corregir asimetrías del mercado, regular y distribuir los beneficios del desarrollo. Este último –quizá– es uno de los principales desafíos que se enfrenta y por los que apuesta el Plan.

De la misma forma, el Plan combina la urgencia en el corto plazo –como el erradicar la mendicidad infantil o resolver el problema de los presos sin sentencia– con la necesidad de pensar el futuro a

través de uno de los corazones del plan: el desarrollo infantil.

No dejamos de pensar la necesidad de recuperar los espacios públicos y los lugares de encuentro común. Dicha recuperación apuesta a la par a un gran contrato mundial al proponer a la comunidad internacional el reconocimiento de los bienes públicos globales como es el caso del mantenimiento del crudo en tierra en el Parque Nacional Yasuní. Como parte de la justicia intergeneracional, creemos que el no pago de la deuda ecológica ahora, es el no pago de la deuda social mañana.

Se demuestra así que el plan no es una mera declaración de principios. La derecha ha tachado a los sectores progresistas de izquierda de “principistas”, “soñadores”, “utópicos”... que a la hora de los hechos no pueden traducir esos principios en acciones. La gestión de este gobierno y el Plan Nacional de Desarrollo demuestran que se puede ser ideológicamente responsables y comprometidos sin renunciar a la necesaria concreción de los cambios en tiempo, forma y fondo.

No debemos engañarnos que al proclamar el colapso de las ideologías, el fin de la historia y el advenimiento de una nueva era, los sectores conservadores quieren hacernos creer que vivimos en el mejor de los mundos posibles y que hay que abandonar cualquier intento de cambio. Que debemos renunciar a la construcción de nuestra propia identidad individual y colectiva, de nuestra propia historia.

Frente a esa concepción del mundo –mezquina y autocomplaciente– el Plan Nacional de Desarrollo sostiene que es posible no solo llevar a cabo una acción colectiva, consciente y democrática para dirigir nuestras vidas y organizar la sociedad de otra manera, sino que es urgente hacerlo. En tal urgencia, el plan es una convocatoria a ser hoy partícipes activos del cambio. 